

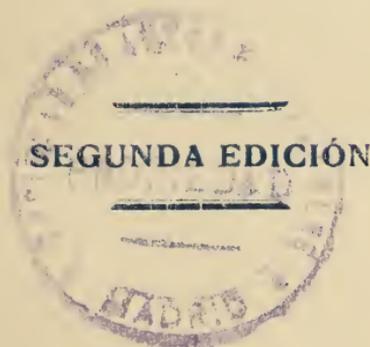
10456

PEDRO MUÑOZ SECA

EL SUEÑO DE VALDIVIA

SAINETE

EN UN ACTO, ORIGINAL



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1917

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1917



Digitized by the Internet Archive
in 2014

EL SUEÑO DE VALDIVIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación del cobro de los derechos de propiedad.

— — —

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

— — —

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL SUEÑO DE VALDIVIA

SAINETE EN UN ACTO

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL el 3 de Diciembre
de 1917

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

{TELÉFONO, NÚMERO 551

1917

Al maestro Enrique García Alva-
rez, su discípulo y hermano,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

CATALINA.....	María Brú.
DOLORES.....	Rafaela Lasheras.
LOLITA.....	Carmen Cachet.
VALDIVIA.....	Rafael Ramírez.
MANCHEGO.....	Francisco Alarcón.
ALAU.....	Víctor Codina.
TOMÁS.....	Alejandro Maximino.
RAMÓN.....	Antonio Estévez.
GÓMEZ.....	José del Portillo.
REBOLLO.....	Alfredo Alaiz.

ACTO UNICO

Despacho en casa del genial escritor Pepe Valdivia. Puerta de entrada en el fondo y otra puerta en cada lateral. En el centro de la escena una mesa con papeles y libros en el más completo desorden. En el lateral izquierda, primer término, una «chaise-longue». En las paredes, retratos, caricaturas, etc., etc. Es de día. La acción en Madrid.

Epoca actual.

(Están en escena VALDIVIA, CATALINA y ALAU. Valdivia, de frac, duerme como un ceporro tumbado en la «chaise-longue». Alau, un señor como de cuarenta años, catalán y con cierto empaque de artista, zamarrea a Valdivia para que despierte. Catalina, señora de cincuenta años, contempla lo del zamarreo desde la puerta de la derecha.)

ALAU (Con marcado acento catalán.) ¡Valdivia!... ¡Hombre, Pepe, que son más de las once, caray!... ¡Valdivial...

CAT. (Valdivia no da señales de vida.) No se canse usted, señor Alau. Anoche estuvo de baile, vendría cargadito, porque el amanecer de frac y en la *chaise-longue* lo hacen pensar, y cuando mi sobrino está en el primer sueño no le despierta una explosión.

ALAU (Registrándose.) Si yo trajese mi revólver...

CAT. Perdía usted el tiempo. Eso de los disparos ya lo hizo Ramírez el otro día.

ALAU ¿Y no se despertó?

CAT. Creyó que habían llamado con los nudillos en la puerta.

672079

ALAU ¡Qué barbaridad!
CAT. Mire usted; ayer citó a las ocho de la mañana a un señor Polanco que es músico, y le suplicó que le despertara a todo trance. Vino el señor Polanco provisto de un cornetín, se lo aplicó al oído y le estuvo tocando el Golondrón más de media hora. Bueno, pues no se coscó.

ALAU ¿Pero es que no oye?
CAT. Algo percibe, porque luego al despertarse a media tarde, me dijo, aludiendo sin duda o lo del cornetín: «Catalina, ha estado molestandome toda la mañana un mosquito».

ALAU (Dejándose caer en una silla.) ¡Este hombre va a ser mi ruina, señora!

CAT. ¿Pero no habían ustedes terminado ya esa comedia?

ALAU No, señora; nos faltan las tres últimas escenas del segundo acto. El acto primero está más que ensayado desde hace dos meses, y como el acto segundo no llega nunca, pues salgo a bronca diaria con el empresario. Y todo por causa de este... (Se acerca a Valdivia, le golpea y grita echando el pulmón.) ¡Valdivia!... ¡Animal!... (Dejándole por imposible.) Este hombre no tiene arreglo, Catalina.

CAT. Dice usted bien, señor Alau. ¡Qué lástima! ¡Si él quisiera! Ya ve usted, siendo como es se lo disputan, se lo rifan; porque no es pasión de tía, es que otro autor más gracioso que Pepe Valdivia, ni ha nacido ni nacerá. Pero no tiene constancia, ni fijeza, ni voluntad. Es un abucólico como ahora se dice. Todo el mundo hace de él lo que quiere.

ALAU Eso es lo que le pierde.

CAT. Señor, ¿no puedes escribir solo porque te duermes?, pues búscate un colaborador que te ayude, que te espabile, pero uno solo; no lo que él hace que colabora al mismo tiempo con catorce autores.

ALAU ¿Es posible?

CAT. Mire usted; está haciendo con el señor Rebollo un sainete castizo que se titula *También la Patro tiene su novio o cuando pasan rábanos haga usted el favor de comprarlos*. Con Montilla, un chico de Valdepeñas, que escribe en *El Mundo* está haciendo una quisi-cosa titulada *Las siete vacas, las siete espigas y*

el queso de bola, y ¡qué sé yo!... Y como no quiere que los unos se enteren de que colabora con los otros, pues son una de ellos y de esconderse y de decir mentiras, que no sé como tiene cabeza.

ALAU
CAT.

Claro, señora.

Hay un señor Manchego, de apellido, que está haciendo con él una opereta sicalíptica que se titula *Nerón y su madre*, que, vamos, es un hombre ingenioso. Viene, y como encuentre a Pepe con algún colaborador, lo echa.

ALAU
CAT.

¿Que lo echa?

Sí, señor. Cada día se vale de un procedimiento distinto. Ayer había aquí tres o cuatro personas, llegó Manchego, se sentó, y viendo que no se marchaban, cogió esas tijeras, se mesó el pelo, gritó un «adiós, madre mía» que nos heló la sangre, y ¡zás! se las clavó en el corazón.

ALAU
CAT.

¡Caray!

Nos llevamos un susto espantoso, huyeron los pelmas y cuando nos quedamos solos se levantó tan tranquilo, diciendo: «Tú, a trabajar...»

ALAU

(Viendo que Valdivia se mueve.) Parece que despierta. (Zamarreándole.) ¡Valdivia... Valdivia!...

VALD.

(sin abrir los ojos.) ¡Qué!...

ALAU

Soy yo, Alau. Vamcs, hombre, levántate.

VALD.

(Como antes) Luego.

ALAU

Abre los ojos.

VALD.

No, que me espabilo.

ALAU

Hombre, por tu madre, Pepe, que estoy en un compromiso espantoso; que no sé qué decir al empresario. ¿Me oyes?

VALD.

(sin abrir los ojos, como una estatua.) Sí.

ALAU

Que hay que acabar esa obra, y yo, como el final es cómico y lo cómico no es de mi cuerda, pues no lo veo claro. ¿Tú ves el final?

VALD.

(Como antes.) Sí.

ALAU

Abre los ojos.

VALD.

No.

ALAU

¿Te parece que termine el acto con un desafío entre el marido y don Dimas? ¿Eh?

VALD.

No, entre el marido y ese que toca el clarinete.

ALAU

Pero si esos dos son amigos, ¿no te acuerdas? ¿Para qué quieres que se batan?

- VALD. (Tras un bostezo.) Para que en el primer encuentro resulte tocado el clarinete.
- CAT. (Riendo.) No hay otro con más gracia.
- ALAU Sí, está bien. Entonces si te parece, yo para justificar el duelo... ¿eh? ¿Me oyes? ¡Valdivia!... (Desalentado.) ¡Dormido! Esto es para desesperar a una estatua.
- (Suena un timbre dentro.)
- CAT Ahí debe estar Rebollo: es su hora.
- ALAU Pues que Rebollo le despierte. Me voy. Pero volveré. Hoy acabamos la comedia o dejo de llamarme Celestino Alau. Hasta luego... ¡Ah! No quisiera encontrarme con Rebollo.
- CAT. Pues venga por aquí.
- ALAU Gracias. (Hacen mutis por la puerta de la derecha.) (Por la puerta del foro entran en escena RAMÓN y TOMÁS. Ambos son jóvenes y bien portados.)
- RAMÓN (Al ver a Valdivia dormido.) ¡Atizal
- TOMÁS (idem.) ¡Aprieta!
- RAMÓN Como siempre.
- TOMÁS ¡Qué bruto!
- RAMÓN ¿Qué hacemos?
- TOMÁS Ayúdame a despertarle: ya sabes el sistema.
- RAMÓN (Entre los dos incorporan a Valdivia y en el sitio que ocupaba el cuerpo de éste se sienta Ramón.)
- TOMÁS Ahora, abajo los piés. (Echa al suelo los piés de Valdivia y se sienta él en el lugar que ocupaban. Quedan, pues, los tres sentados, muy juntitos y muy estiraditos.) ¡De primera!
- (Valdivia sigue dormido.)
- RAMÓN ¿Le quemo las narices con el mechero?
- TOMÁS No; yo creo que con la voz habrá bastante. A la una, a las dos... (Gritan acompasadamente junto a las orejas de Valdivia y silabeando mucho.) ¡¡¡Val-di-vial!!
- (Valdivia abre los ojos perezosamente y mira primero a Ramón y luego a Tomás.)
- RAMÓN ¡Je, je!...
- TOMÁS ¡Je, je!...
- VALD. (Estúpidamente, más que adormilado.) Pero... ¿son ustedes?
- TOMÁS No; es mi abuela.
- VALD. Hombres, dejadme dormir cinco minutos más, que estoy muerto. Anoche el pelma de Rebollo me cogió y...
- TOMÁS Nada, nada. (A Ramón.) Tú, un paseito. Despertar aristotélico. (Le cogen cada uno de un brazo y le ponen de pie.)

- VALD. ¡Por tu madre, Tomás!
- TOMÁS ¡Halal (Le obligan a andar.) Y si no te espabilas habrá hidroterapia.
- VALD. Por los clavos de Cristo, caray, que anoche he venido a casa a las cinco de la mañana. Estuve tomando un chocolate con Rebollo...
- RAMÓN (soltándole.) ¿Rebollo? ¿Pero colaboras con ese animal? (A Tomás) ¿Tú oyes esto?
- TOMÁS (soltándole también.) Bueno, tú eres idiota, Pepillo. (Quedan Valdivia en el centro de la escena, borracho de sueño tambaleándose.) ¿Pero es que todo el mundo va amanejarte a su antojo? Eso digo yo.
- VALD. Mira que Rebollo, ese bestia, que en una acotación escribió: «La Marquesa vasa a por sus guantes.»
- TOMÁS. Ese giro lo emplea él mucho. Hasta cuando se persigna, dice: «A por la señal de la santa Cruz.» (Ríen.) Es tremendo: eso de que cada español tenga su obrita de teatro y que todos vengan a leérsela o a colaborar con Pepe Valdivia...
- TOMÁS. Tú tienes la culpa, melón. ¿Cuándo te vas a convencer de que todos los que te rodean no vienen más que a explotarte tu ingenio, a cogerte de primo?
- VALD. Si lo sé, Tomás; pero, ¿qué quieres? Vienen, me lloran, se me hincan de rodilla, me hablan de sus hijos, y ya ustedes me conocen, veo llorar y estoy perdido.
- RAMÓN. Bueno, pues se acabaron las primadas. Aquí venimos nosotros a salvarte, a redimirte; a trabajar los tres como tres fieras, a constituir el trust de la gracia...
- VALD. (Abrazándoles.) ¡Ramoncillo!... ¡Tomás!...
- RAMÓN. Eea, y sobre la marcha. Quitate el frac.
- VALD. ¿Qué frac? (Mirándose) ¡Ah! Es verdad. Esperad que llame.
- TOMÁS. (Buscando.) ¿Tienes timbre? .
- VALD. Campanilla.
- RAMÓN. (Buscando también.) ¿Dónde?
- VALD. Donde la tenemos todos. (Llamando a gritos.) ¡Catalina! ¡Catalinaaaa!...
- (Ríen Tomás y Ramón.)
- TOMÁS. La verdad es que Ramón dice muy bien; con la sal gorda que tienes tú; la imaginación y la sal fina que tengo yo y la cultura

que tiene él, podíamos hacernos los amos del teatro.

RAMÓN

Ya lo creo.

VALD.

Ni que hablar, hombre.

RAMÓN

Los tres tenemos firma, tenemos nombre, tenemos gracia, y como el público lo que quiere hoy día es reír...

VALD.

Pues nada, hecho. Ustedes me quitan de encima a todos esos imbéciles que me rodean y que me explotan, y el mundo es nuestro. Ea, pues duro.

TOMÁS

RAMÓN

Andando.

VALD.

Caramba, esa Catalina que no viene... (vuelve a gritar.) ¡Catalina!... Le voy a echar una filípica... Lo malo será que me conteste ella con una catalinaria... (se le y rien los demás.)

RAMÓN

Eres grande.

TOMÁS

¿Quién es esa Catalina, tú?

VALD.

Una tía mía. Es decir, no es tía mía; es tía de una novia que yo tuve. Reñí con la novia, pero con la tía no ha sido posible. Cuando me dispongo a echarla, se me hinca de rodillas, me llora, y ya ustedes me conocen.

CAT

(Por la derecha, con una americana.) Me figuro que será esto lo que quieres.

VALD.

Ni más ni menos. (Quitándose el frac y poniéndose la americana.) Muchas gracias, Catalina. Es usted mi providencia. Sin usted tendría yo que pegarme un tiro. (Bajo a Catalina.) Oiga usted, si viene Rebollo, dígame que he salido.

CAT.

Pero...

VALD.

(Como antes.) Tengo que trabajar ahora un rato con estos palmas. Son dos congrios.

CAT.

Eres del último que llega.

VALD.

Es que no puedo ver llorar, Catalina. Se me han hincado de rodillas. Que me traigan el desayuno.

CAT.

Está bien. (se va por la derecha.)

VALD.

(Daría media vida por una horita de sueño.) Bueno, soy de ustedes en cuerpo y alma. ¡Venga de ahí! (se sienta a la mesa.) Hablemos.

TOMÁS

Pues ya verás. Anoche, el empresario del Teatro Nuevo nos ha encargado una obra para el beneficio de Pepe Lacasa, el primer actor cómico. Una obra gorda, por supuesto. Hay que hacerla en seis días; de manera que a ver si entre los tres la hilamos en un periquete.

- VALD. Muy bien. Pues a ello.
RAMÓN. ¿Qué te parece que le hagamos a Lacasa?
VALD. Hombre, lo más indicado para Lacasa es un pasillo.
(Ríen los tres.)
TOMÁS. Mira que eres bruto.
VALD. En serio. ¿Tienen ustedes ideado algún asunto?
RAMÓN. Ahí tenemos medio planeada una revista con zócalo de sainete y friso de astracán.
VALD. A ver; venga.
RAMÓN. Explícaselo, Tomás.
TOMÁS. Ya verás. El primer cuadro es un parque de Artillería.
VALD. Muy bien.
TOMÁS. En el centro de la escena hay un cañón monstruo, un mortero enorme, cuya prueba va a practicarse. Coro de artilleros que cargan el cañón. Este cañón es colosal, este cañón es sin igual; cuando dispara este cañón seguramente hará plom, plom, etcétera, etcétera.
VALD. Sí, comprendido; adelante.
TOMÁS. Bueno, cargan el mortero, se van los soldados porque el mortero se dispara eléctricamente; queda la escena vacía y entra Revilla, un fresco, que viene huyendo de dos tíos brutos que dicen que le van a majar. No sabiendo donde esconderse, y para evitar que le majen, se mete en el mortero; en esto dispara y ¡cataplún!, sale Revilla por el aire, atraviesa los espacios y cae en la Luna.
¿Qué te parece?
VALD. Espérate. No me gusta lo de la Luna. Mejor.. Aguarda; sí, en Marte.
RAMÓN. Da lo mismo.
VALD. Lo digo porque es un chiste.
TOMÁS. ¿A ver?
RAMÓN. ¿Cómo es, tú?
VALD. Nada, que cayendo en ese planeta, cuando Revilla se entera dónde está, puede decir: «¡Caray, cómo se va el tiempo! Salí pitando hace un momento, que era Domingo, y ya estoy en Marte.» (Ríen los tres.) Y puede añadir: «Y eso que he venido disparado.»
(Nuevas risas.)
TOMÁS. Apunta eso, Ramón.
(Ramón escribe.)

- VALD. Bueno, adelante. Vamos al segundo cuadro.
- TOMÁS Sobre el segundo cuadro tenemos que hablar largo y tendido.
- VALD. Me parece muy bien. (Se tiende en la chaise-longue) Yo, ya estoy.
- RAMÓN ¡Eh, tú, tú!...
- TOMÁS Alza de ahí.
- VALD. Os aseguro que no es sueño, que es comodidad.
- RAMÓN Bueno, por si acaso.
(Lo levantan y lo llevan a la silla que antes ocupaba.)
- VALD. Como ustedes quieran. (Nada, que no es posible dormir.)
- TOMÁS Mira, el segundo cuadro se desarrolla en Marte. Comienza con un coro de indígenas.
- VALD. ¿Cómo de indígenas?
- TOMÁS Un coro de hijos del país.
- VALD. (A Ramón.) Tú, el de la cultura. ¿Cómo se llaman los hijos de Marte?
- RAMÓN ¿Los hijos de Marte? (Después de pensarlo un momento.) ¿No serán Martínez?
- TOMÁS ¡Vamos, hombre! ¡Mira que Martínez! Martianos.
- VALD. ¡Caramba, qué lástima!
- TOMÁS ¿Por qué?
- VALD. Porque si fueran Martillos, podía resultar el número muy sonoro.
(Ríen.)
- TOMÁS Apunta eso, Ramón. (Ramón escribe.) Bueno, pues verás: cae Revilla, el coro se admira, y como si se tratara de un bicho raro, lo llevan a la capital del reino.
- VALD. Espérate... (Piensa un poco.) Sí; que le lleven embarcado, para que Revilla se opongá diciendo que él no se embarca en Marte porque es de mala pata.
- RAMÓN (Escribiendo.) Hombre, sí; eso es de situación.
- VALD. Continúa.
- TOMÁS Ya verás; porque aquí empieza lo interesante. Dos muchachas de Marte, una que se llama Martina y otra Martinica...
- REB. (Por la puerta del fondo.) Buenos días, señores.
- TOMÁS (Contrariadísimo.) (Nos fastidió.)
- RAMÓN (Nos reventó.)

- VALD. ¡Hola, Rebollete! ¿Qué hay, hombre? Ven acá...
- REB. ¿De tertulia, eh?
- VALD. Sí, hombre; siéntate.
- REB. Escucha, tú... Con el permiso de ustedes.
(καμόν y Tomás contestan con un gruñido.)
- RAMÓN (Aparte a Tomás.) Hay que echar a este pelma, tú.
- TOMÁS (Idem.) Eso digo yo.
- REB. (Que se ha llevado a Valdivia a un extremo de la escena.) ¿Pero qué hacen aquí esos dos atunes?
- VALD. Calla, hombre; me han venido llorando, se me han hincado de rodillas... Una escena que para qué decirte.
- REB. Pues a ver cómo los echas, porque tenemos que trabajar.
- VALD. Ahora; ya veremos; espera un poco. (Se separan. Valdivia se tumba en la chaise-longue.) Escucha. ¿Qué dicen los periódicos del estreno de anoche?
- REB. No he leído nada.
- TOMÁS Le pegan, y con razón. Eso de que todo el mundo haga comedias, no puede ser. (Chúpate esa.)
- REB. ¿Cómo se llamaba la obra?
- VALD. *El soldado*. ¡Chico, qué pesadez! Yo, en cuanto vi las tres primeras escenas me dije: este soldado es de plomo; y en efecto, ¡soporífero! Y cuidado que la idea es bonita. Me extraña muchísimo que a ese besugo de Fajardo se le haya ocurrido una idea tan original.
- TOMÁS Con que original, ¿eh? ¡Estás tu fresco! Que te diga éste, que ha leído muchísimo.
- VALD. ¿Es francesa?
- TOMÁS Francesa; mejor dicho, es un cuento noruego de Milkan, titulado «El Comandante Arrs»; Harrison, un inglés, hizo del cuento una novela, titulada «El Capitán Kull»; Chapinié hizo de la novela uno de sus mejores dramas: «El teniente Rodill»; luego, Wolmer, un austriaco, convirtió al teniente Rodill en esa célebre opereta «El sargento Klein», y este Fajardo ha hecho «El soldado», no sé si del sargento o del teniente, o del capitán, o del comandante, pero la idea no es suya.

- VALD. Bueno, es escandaloso; no sé a dónde vamos a parar.
- REB. Como que no hay quien haga nada original. ¿Te acuerdas del dialogo chulo que leímos ayer en el *Heraldo*?
- VALD. ¿El de la verbena de San Antonio?
- REB. El mismo. Bueno, pues es una traducción de Víctor Hugo. Como lo oyes.
- VALD. Pero hombre, si hablaba de los torraos y de los mantones de Manila...
- REB. De Víctor Hugo, le sé de muy buena tinta. ¡Qué barbaridad! Lee, lee; hombre, léelo, ahí está.
- VALD. (Disponiéndose a dormir.) (Voy a ver si aprovecho un cuartito de hora.)
- CAT. (Por la derecha.) Pepe... Buenos días, señor Rebollo.
- REB. Buenos días, Catalina.
- CAT. Escucha, ahí están dos señoras que preguntan por ti.
- VALD. ¿Dos señoras? ¡Válgame Dios! ¿Qué aspecto tienen?
- CAT. Parecen cómicas.
- VALD. Dígalas usted que pasen. (Se va Catalina.) Vaya que no le dejan a uno hacer nada. Voy a tener que irme al centro de Africa. Y a lo mejor serán dos chuchos, que es lo que más me molesta. No puedo resistir la visita de una característica. Aquí están ya.
- (Por la puerta del foro entran en escena DOLORES y LOLITA. La primera de cincuenta años largos, y la segunda de veinte lucidísimas primaveras. Visten bien.)
- DOL. ¿Se puede?
- VALD. Adelante, señora.
- DOL. Pasa, Lolita. Muy buenas tardes. ¡Oh! ¡No se molesten, quietos! ¿El señor Valdivia?
- VALD. Para servirla, señora.
- DOL. Besamos a usted las manos.
- VALD. Siéntense.
- DOL. Mil gracias. Siéntate, Lolita. (Se sientan.)
- VALD. Ustedes dirán en qué puedo servirlos.
- DOL. Pues verá usted, señor Valdivia, a nosotras nos remite el maestro Machacón.
- VALD. Muy amigo mío.
- DOL. Porque ésta, mi hija, que es su discípula, va a dedicarse al cupleterismo.
- VALD. ¡Caramba!
- DOL. Tiene voz, tiene frescura...

- VALD. ¡Hola!
- DOL. Sí, señor; no diré yo que sea una Nevada, pero tiene voz y frescura.
- VALD. Lo creo, señora, lo creo.
- DOL. Ya tiene el equipo necesario, pero le faltan las canciones, y hablando con Machacón, díjome: Vea usted de mi parte al señor Valdivia, que le haga tres o cuatro letras sugestivas, yo les pondré la música y a robar el dinero. De manera que usted dirá.
- VALD. Pues ya lo creo, señora, con muchísimo gusto, no faltaría más.
- DOL. Hay por ahí cuatro o cinco cupletenses que se dedican a hacer canciones; pero no tienen inspiración ninguna. Me he gastado hace tres días ocho duros en un cuplé, y vean ustedes si esto es literatura ni berengenas fritas. ¿Tienes ahí la letra, Lolita?
- LOL. (Pavísima, sosísima.) Sí, mamá.
- DOL. Trae. (Lolita le entrega un papel y Dolores lee.) Vea usted:

Ni en Azpeitia
ni en Azcoitia,
ni en Lequeitio,
ni en Palencia,
ni en Valencia,
ni en el Grao
hay un cuerpo
más salao, más salao
más salao...

¡Vamos! ¿Les parece a ustedes?... (Vuelve a leer:)

Yo tengo una hechurita
que despepita,
y soy un cloroformo
por lo bonita.
Si le gusta a usted mi estilo
por lo clásico y simétrico,
lléveme usted a Ilo-Ilo
y sáqueme usted un kilo,
kilo, kilo, kilométrico.

(Dejando de leer.)

¿Ustedes creen que esta incongruencia aconsonantada vale cuarenta pesetas? Bueno, pues porque me quejé me dijo el cupletense que yo no sabía dónde tenía las narices, porque con la música este kilométrico resultaba de primera. ¿Qué le parece a usted?

VALD. Nada, señora, no se preocupe; yo le haré las canciones que desea. Vuelva usted por aquí el lunes...

DOL. ¡Al instante!

VALD. ¿Eh?

DOL. Yo no me muevo de aquí hasta que no me lleve un par de canciones como *mínimum*. (Todos se miran perplejos.) Me ha dicho Machacón que usted es persona de buena voluntad, pero que luego se le olvidan las cosas que promete, y como para nosotras esto de las canciones es esencialismo, aguardaremos; no tenemos prisa.

VALD. Sí, bien; pero es que yo tengo que pensar un pequeño asunto, darle forma... escribirlo, pulirlo...

DOL. Eso lo hace usted en seguida.

VALD. Bueno, como usted guste, señora.

TOMAS. (A Ramón.) Nos hemos divertido.

REB. (¡A este paso!...)

VALD. (Tumbándose en la *“chaise-longue”*.) Voy a pensar. Aunque vea usted que yo cierro los ojos, no se alarme, es que estoy pensando. (Acomodándose.) (¡Gracias a Dios!)

DOL. (Te veo.)

REB. (Ahora se duerme y pata.)

MAN. (De treinta años, algo bohemio. Por el fondo.) Buenos días.

DOL. (A Lolita.) Nuestro vecino, Lolita; el que vive en el tercero.

LOL. Es verdad. (Los demás contestan al saludo de Manchego con un gruñido.)

MAN. (A Valdivia.) Dios te guarde.

VALD. (Abriendo los ojos.) ¡Mancheguillo!

MAN. Haz el favor. Con el permiso de ustedes.

VALD. (Levantándose.) (El que faltaba: el más pelma de todos.)

MAN. (Aparte a Valdivia.) No estamos para perder el tiempo. Echa a toda esa gente.

VALD. Ojalá pudiera, pero hazte cargo de que...

MAN. O los echas tú o los echo yo.

VALD. Manchego, por tu madre, no me vayas a poner en un compromiso; repara que hay señoras...

MAN. Las conozco; viven en mi casa. Vete y déjame.

VALD. ¿Qué vas a hacer?

MAN. Tú, vete.

- VALD. Bueno, pero...
MAN. Pierde cuidado, hombre. (Se separan, Valdivia se acerca a los demás. Manchego se sienta en un extremo de la escena afectando una gran preocupación.)
- RAMÓN (Bajo a Valdivia.) ¿Pero esto que es, Valdivia?
VALD. Ya ves, no me dejan...
TOMÁS Ese es Manchego, ¿no?
VALD. Sí, hombre, un infeliz: me viene con lágrimas y con súplicas...
- REB. (A Valdivia.) Escucha. (Por Manchego) ¿Pero estás colaborando con ese imbécil?
VALD. No he podido decirle que no. Se me arrojó a los pies llorando y ya tú me conoces, Rebo- llo. Bueno, usted me permitirá, señora, que pase a desayunarme; sin comer no es posible tener ideas.
- REB. ¿Pero aún no has desayunado?
VALD. Aún no; el día que a Matías López se le pegan las sábanas hay para dispararse cuatro tiros. Con el permiso de ustedes: vuelvo en seguida. (Haciendo mutis por la derecha.) (A ver qué hace ese bruto. (Vase.)
- MAN. (Levantándose de un salto y en melodrama.) ¡Falso!... ¡Falso!...
(Todos le miran asombrados.)
- DOL. ¡Caray!
LOL. ¡Mamá!
MAN. (Como antes.) Eso del desayuno es una comedia vil, una filfa.
- TOMÁS ¿Eh?
MAN. ¡Sí! Se va porque estoy yo aquí, porque no quiere verme, porque me desprecia. ¡Canalla! ¡Canalla!... ¡Canalla! ¡Ah!
- REB. ¡Hombre!...
LOL. ¡Ay, mamá!
MAN. (Como loco.) Sí, porque me desprecia; pero... ¡Ah! (Gran susto en todos.) El más terrible de los remordimientos será su castigo; se lo juro. (Toma de la mesa unas enormes y afiladas tijeras.)
- DOL. ¡Ay, mi madre!...
LOL. ¡Dios mío!
RAMÓN ¡Caracoles!
TOMÁS ¡Señor Manchego!
REB. ¡Caray! Yo me voy. (Vase.)
DOL. ¡Señor Manchego!
MAN. (Amenazándose con las tijeras.) Decid a ese miserable cuando vuelva que mi última palabra

ha sido la palabra maldición. (Simula apuñalarse el corazón, ahoga un grito y cae como muerto. Todos quedan horrorizados. Lolita se desmaya en brazos de su madre.)

DOL. ¡Dios santo!

TOMÁS ¡Atizal (vase.)

RAMÓN ¡Mi abuela! (vase.)

DOL. (Apuradísima.) ¡Lola!... ¡Lolita!...

LOL. (Volviendo a la vida.) ¡Mamá!

DOL. Huyamos de aquí. Qué compromiso. Yo doy parte ahora mismo. (Al pasar junto a Manchego.) ¡Ah! (vase casi sosteniendo a su hija.)

MAN. (Tras una breve pausa, se incorpora y dice:) Hay que ver. Si me atizo de verdad me desangro aquí como un guarro sin que me hubieran puesto ni un mal tafetán. (Levantándose y colocando las tijeras en su sitio.) ¡Vaya una gentecita!

VALD. (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha.) ¡Qué!

MAN. El campo es mío.

VALD. ¿Puñalada?

MAN. En el quinto espacio intercóstal.

VALD. (Abrazándole riendo.) Bueno, eres divino, Mancheguillo. Me has hecho el más señalado de los favores, porque, chico, no sabía cómo quitármelos de encima. Pero ya me conoces: soy débil, no sé decir que no; me vienen con lágrimas, me hablan de sus madres enfermas.. y figúrate.

MAN. Bueno, déjate de historias y vamos a lo nuestro. (sentándose a la mesa.) Vengo de casa del maestro Cordoncillo y he oído tres números de nuestra obra *Nerón y su madre*.

VALD. ¿Y qué tal?

MAN. Una maravilla. ¡Vaya un tío robando! Ese achica a todos los músicos del día. Ha puesto en pasacalle la patética de Beethoven, y no tienes idea de lo bien que resulta.

VALD. ¿No te lo dije? Si yo en cuanto que oí música suya, me dije, este gachó es capaz de hacer un pregón de la marcha real. Esos son los músicos que hacen falta, Mancheguillo.

MAN. Bueno, quiere que acabemos la obra en esta semana, y que en el último cuadro le hagamos un número raro, algo nuevo, donde él pueda lucirse; con que piensa algo.

VALD. ¿Algo nuevo? (Tumbándose en la *chaise-longue*.) Bueno, hombre; déjame que piense.

- MAN. No, que te duermes. A mí no me tomas tú el pelo. A ver, ¿dónde están las cuartillas?
- VALD. (Bostezando.) Debajo de ese libro.
- MAN. Sí, aquí están. (Examinándolas.) Cuadro último. Eso es.
- VALD. Lee la última escena. (Se dispone a dormir.)
- MAN. Aguarda. Aquí está. (Lee.) «Escena veintiu-
na. Nerón, Agripina. Cayo-Publico, Cayo-
Flavio, Lacio, Pompilio y luego Pomponio,
Bruto y tres bárbaros...» Como te duermas
te descalabro, tú.
- VALD. (Ya con los ojos cerrados.) Continúa.
- MAN. (Leyendo.) Cayo-Publico:—¡Oh, Nerón! Aquí
venimos a rendirte vasallaje!—Cayo-Flavio.
¡A rendirte pleitesía!—Nerón, aparte a Pom-
pilio: Estos Cayos me molestan una atrocidad.—Pompilio, aparte a Nerón: Lo creo;
pero no les trates con dureza; ya sabes que
cualquier cosa les irrita.—Nerón, afable-
mente: Contadme vuestra victoria en la Si-
ria.—Cayo-Flavio: Grande fué, pero más
que a nuestro esfuerzo se debió a la ayuda
eficaz de un hijo del país, que condujo a
nuestras legiones. Confieso, por Júpiter, que
si no nos ilumina aquel Sirio, hubiéramos
perecido sin remedio.—Pomponio, desde la
puerta del foro: Salve, Nerón. Bruto y tres
bárbaros desean hablarte. (Dejando de leer.)
Escucha, yo creo que aquí... (Al ver que Valdi-
via está completamente dormido.) Bueno; ya se
durmió este animal. Este sí que es bruto y
bárbaro, todo en una pieza.
- CAT. (Por la derecha. Trae en una bandeja un chocolate y
un bollo.) ¿Se puede?
- MAN. Adelante, Catalina.
- CAT. Anda, ¿pero es usted? Pues si hace un ins-
tante dejé aquí a Pepe con no sé cuántas
personas.
- MAN. Los espanté.
- CAT. ¿Ha habido también puñaladas?
- MAN. Sí, señora; estoy acribillado.
- CAT. Esta mañana ha estado aquí el señor Alau,
ese escritor catalán...
- MAN. Sí, sé quién es: le conozco de vista.
- CAT. Pues no sabe usted la gracia que le ha hecho
el procedimiento de que usted se vale para
quedarse solo.
- MAN. Voy a tener que ir pensando otra cosa, por-

que ya lo de la puñalada es del dominio público.

CAT. (Por Valdivia.) ¿Duerme?

MAN. Como siempre.

CAT. Se le va a enfriar el chocolate.

MAN. No se preocupe; yo le despertaré a tiempo.

CAT. Dígale cuando despierte que el señor Alau volverá esta tarde para terminar la comedia.

MAN. Sí, señora; yo se lo diré.

CAT. Hasta luego.

MAN. Adiós, señora. (Se va Catalina por la derecha.) Bueno; esta es la mía. La ocasión la pintan depilada. Tú te has dormido, pero este chocolate no te hará daño. (Comienza a comer tranquilamente.) Y es de dos pesetas el ladrillo.

ALAU (Por el fondo.) Para servir a usted.

MAN. Buenos días. (El catalán.) ¿Usted gusta?

ALAU. Buen provecho le haga.

MAN. Muchas gracias.

ALAU. (Por Valdivia.) Dormido, ¿eh?

MAN. Sí; pero ahora le despertaré, porque tenemos que trabajar.

ALAU. ¡Ah! Tienen ustedes que trabajar... (¿Quién será este tipo? Hay que echarle de aquí.) (Se sienta.)

MAN. (Y se sienta. A ver cómo lo echo.)

ALAU. (¡Si yo me atreviera!...)

MAN. (Y lo peor es que este sabe lo de la puñalada.)

ALAU. (Levantándose.) ¡Sí! Voy a ver cómo me resulta. (Comienza a pasear, dando muestras de gran agitación.)

MAN. (Caracoles, ¿qué le pasa a este tío?)

ALAU. (Simulando bastante mal una gran excitación.) ¡Sí!... ¡Sí!...

MAN. ¿Eh?

ALAU. (Como antes.) ¡Mejor dichol... ¡No!... ¡No!...

MAN. (Preocupado.) (Este tío está loco.)

ALAU. (A Manchego.) ¡Caballero!...

MAN. (¡Mi abuela!)

ALAU. (Por Valdivia.) Ese hombre es mi verdugo. Me mata. ¡Sí! ¡Me mata! Pero, ¡ah! (Toma las tijeras.)

MAN. (Comprendiendo.) (¡Ya! Este va a imitarme. Te has caído.) (Continúa comiendo tranquilamente.)

ALAU. (Cada vez más exaltado con las tijeras en la mano.) ¡Es una palabra empeñada; un juramenio

pisoteado! ¡Prefiero la muerte a la deshonra!
¡Mis hijos no tendrán paz, pero tendrán honor. (Viendo que Manchego no se cosca. Gritando.)
¡¡Mis once hijos!! (Viendo que tampoco ha producido efecto.) ¡¡Mis doce hijos!! (Al ver que Manchego sigue comiendo como si tal cosa) ¡¡Veintitrés en junto!! ¡Ah! (Por Manchego. Gritando.) ¡Adiós, pueblo en que nací!... ¡Adiós, culta Tarrasa!... (Simula clavarse las tijeras y cae al suelo como muerto)

VALD. (Levantándose asustado.) ¿Qué es esto, Manchego?

MAN. Pues ya lo ves; este tío que se ha matado.

VALD. ¡Caray! Bueno; esto será una chirigota, ¿no?

MAN. ¿Cómo chirigota? ¿Quién es este tío para darme a mí una broma de esta naturaleza? Este hombre se ha matado de verdad y si fuera una broma... te juro que le levantaba la tapa de los sesos. Por si acaso, voy por un revólver. (Hace mutis por la derecha, como una exhalación.)

ALAU (Levantándose precipitadamente.) Caracoles, tú, sujeta a ese bestia.

VALD. ¿Qué has hecho Alau? ¡Huye o eres muerto!...

ALAU Pero...

VALD. ¡¡Huye!!

ALAU (Ya en la puerta.) Bueno, pero esa escena que nos falta...

VALD. Ven mañana a las siete, me despiertas y nos ponemos a trabajar... ¡¡Vete!!

(Alau hace mutis por el foro como un rayo. Valdivia se sienta, muerto de risa.)

MAN. (Asomando la cabeza por la puerta de la derecha) ¡Qué!

VALD. Ven acá, Mancheguillo, que eres grande. Tú eres el hombre que yo necesito; tienes voluntad, tienes ingenio y...

MAN. Déjate de músicas y vamos a trabajar. Siéntate ahí.

VALD. Sea; lo mereces. Voy a darte gusto. (Se sienta.)

MAN. Vamos a ver: estrujate la sesera. ¿Qué número que tenga novedad podemos meter en este último cuadro?

VALD. Espérate que se me está ocurriendo una cosa.

MAN. Como sea una majadería de las tuyas te tiro todos los libros que hay sobre la mesa.

- VALD. ¡Qué lástima! No va a poder ser. ¡Claro! ¡En Roma!...
- MAN. ¿De qué se trata?
- VALD. Hombre, que a mi me gustaría hacer un número de las cuatro estaciones.
- MAN. ¿Y eso es nuevo? Eso está ya muy visto.
- VALD. No lo creas.
- MAN. ¿Y por qué no se pueden sacar en Roma las cuatro estaciones?
- VALD. Porque yo me refiero a las estaciones del ferrocarril, la del Norte, la de Atocha, la de Arganda y la de las Pulgas. (Ríe a carcajadas. Manchego, riendo también, le tira primero un libro, luego otro, etc., etc. En este momento entran por la puerta del fondo CATALINA seguida de DOLORES, LOLITA y GÓMEZ, guardia de Orden.)
- GÓMEZ ¿Qué es esto?
- DOL. (Al ver a Manchego.) ¡El suicida vivo!
- CAT. ¿No le dije a usted que eso del suicidio había sido una filfa?
- GÓMEZ ¿De manera que yo he sido un juguete?
- VALD. Nada de eso, guardia: Hágame usted el favor. (Se lo lleva aparte.) Ese pobre muchacho. (Por Manchego.) está perturbado: su locura no es peligrosa, pero caramba lleva aquí dos horas dándome la lata y no hay derecho. Si usted pudiera llevárselo de aquí de una manera hábil, ingeniosa... a patadas si es necesario.
- GÓMEZ Pa tó lo que sea imaginativo me pinto yo sólo. ¿Dónde vive el alienado?
- VALD. San Bernardo, 80.
- GÓMEZ Basta: usted verá. (En voz alta.) Bueno, pues celebros que todo haiga sido un quiprocuoso.
- VALD. Sí...
- GÓMEZ Ojalá que siempre que le llamasen a uno fuera para asuntos de este tenor.
- DOL. ¿De qué tenor?
- GÓMEZ En cambio ahora me espera un ratito bueno. Tengo un fuego en el distrito... Ahí en la calle de San Bernardo... que va a arder la manzana.
- MAN. ¿Eh?
- DOL. ¿Cómo?
- MAN. ¿En qué número, guardia?
- GÓMEZ En el ochenta.
- MAN. (Haciendo mutis corriendo.) ¡Mi casa!

- DOL. (Idem, de idem.) ¡Ay! Mi casa. (A Lolita.) ¡Corre!
LOL. ¡Dios mío! (Mutis.)
CAT. (Haciendo mutis tras ellos.) ¡Válgame Dios! (valdivia se ríe.)
GÓMEZ (Desde la puerta del fondo guiñándole.) ¿Eh? ¿Qué tal?
VALD. Deme usted un abrazo. (Le abraza.) Me ha hecho usted el más señalado de los favores.
GÓMEZ Pues yo quisiera que me hiciera usted a mi otro señor Valdivia.
VAID. Sí, hombre, lo que usted quiera. (Acariciando la «chaise-longue.») ¡Ahora sí que voy a dormir!
GÓMEZ A mí, la verdad, el teatro me tira un porción... y... vamos, me da vergüenza decirse-lo a usted, pero yo en los ratos de ocio, que no son pocos, he tirao de lápiz y m'ha salido una zarzuela en tres actos, que yo quisiera que usted la oyera.
VALD. (Boquiabierto.) ¡Hasta los guardias!
GÓMEZ Usted me perdone la libertad, pero yo quisiera que un compañero entendido como usted...
VALD. Sí, hombre, sí, la oiré con mucho gusto: el día que usted quiera pues...
GÓMEZ Si la traigo aquí. (Saca de debajo de la guerrera un cuaderno.) Es cuestión de dos horas.
VALD. ¡Mi madre!
GÓMEZ Verá usted qué cosa tan graciosa. La titulo: «La caída de la hoja» porque el protagonista que es un marqués de la edad antigua, le liman el sable y cuando va a darle un sablazo a un conde que es cuñado suyo, se le cae la hoja y al ver que entre las dos manos no tiene más que un puño, se desespera, canta una romanza y se mete a fraile, porque no puede casarse con la princesa que está enamorada del otro. Usted verá. (se dispone a leer)
VALD. Un momento. (Se tiende en la «chaise-longue.») Si viene alguien, sea quien sea, lo echa usted a sablazo limpio.
GÓMEZ Sí, señor.
VALD. Yo tengo costumbre de escuchar con los ojos cerrados y ni me río, ni comento. Oyendo una comedia soy una estatua.
GÓMEZ Sí, señor.
VALD. Empiece cuando guste. (Disponiéndose a dor-

mir.) (Estas dos horas de sueño, no me las quita nadie.)

GÓMEZ (A media voz lee.) *La caída de la hoja*, zarzuela en tres actos y en verso.

VALD. (¡Atíza!)

GÓMEZ (Leyendo.) Personajes los que vayan saliendo. La escena es un castillo. A la derecha del que habla una mesa. Escena primera, la Marquesa y el Conde peleándose. (Tose, se limpia la boca, etc., etc.)

VALD. (Bostezando.) (Lee con una media voz, que arulla)

GÓMEZ (A gritos, dando un puñetazo en la mesa y como si fuera él quien se pelea.)

—Marquesa, callad, callad!

—¡No me da la gana! ¡no!

—Pues por vida mía, vive Dios que me la habéis de pagar.

—¡Miserable!—Más despacio!

—¡No!—¡sí!... ¡no griteis! ¡Pues sí gritol

—Reparar que esto no es un garito!

—No es un garito, pero es vuestro palacio.

VALD. (Que se ha incorporado, boquiabierto, estupefacto.) (Ahora sí que me ha matado este tío.)

TELON

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Décima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinto Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa.

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir á tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

- El fotógrafo*, juguete cómico en un acto.
- El jilguerillo de los Parrales*, sainete en un acto.
- La neurastenia de Satanás*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
- Mari-Nieves*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Tentaruja y Compañía*, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- ¡Por peteneras!*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
- La canción húngara*, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luña.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.
- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
- Coba fina*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La nicotina*, sainete en prosa.
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- La cucuñá de Solarillo*, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
- El modelo de Virtudes*, juguete cómico en dos actos.
- López de Coria*, juguete cómico en dos actos.
- El bien público*, sátira en dos actos.
- El milagro del santo*, entremés en prosa.
- El incendio de Roma*, juguete cómico con música del maestro Barrera.
- El Pajarito*, comedia en dos actos.
- El paño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos.
- Fúcar XXI*, disparate cómico en dos actos.
- Pastor y Borrego*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La niña de las planchas*, entremés lírico.
- Cachivache*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
- Naide es na*, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

- El roble de «la Jarosa»*, comedia en tres actos.
- La frescura de Lafuente*, juguete cómico en tres actos.
(Segunda edición.)
- La casa de los crímenes*, juguete cómico en un acto.
- La perla ambarina*, juguete cómico en dos actos.
- La Remolino*, sainete en un acto.
- Lolita Tenorio*, comedia en dos actos.
- Los que fueron*, entremés en prosa.
- La escala de Milán*, apropósito.
- La conferencia de Algeciras*, apropósito.
- El verdugo de Sevilla*, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- Doña María Coronel*, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
- El Príncipe Juanón*, comedia dramática en tres actos y prosa.
- El último Bravo*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- La locura de Madrid*, juguete cómico en dos actos.
- Hugo de Montreux*, melodrama en cuatro actos.
- El marido de la Engracia*, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
- La traición*, melodrama en tres actos.
- Los cuatro Robinsones*, juguete cómico en tres actos y en prosa.
- Adán y Evans*, monólogo.
- El rayo*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- El sueño de Valdivia*, sainete en un acto. (Segunda edición.)

PRECIO: UNA PESETA